

## **La centralidad de la acción colectiva y su dimensión política en el estructuralismo constructivista o genético: Una aproximación al aporte de la teoría sociológica de Pierre Bourdieu.**

Martínez Olguín, Juan.

Cita:

Martínez Olguín, Juan (2009). *La centralidad de la acción colectiva y su dimensión política en el estructuralismo constructivista o genético: Una aproximación al aporte de la teoría sociológica de Pierre Bourdieu*. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-089/247>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ezpV/y3p>

# LA CENTRALIDAD DE LA ACCIÓN COLECTIVA Y SU DIMENSIÓN POLÍTICA EN EL ESTRUCTURALISMO CONSTRUCTIVISTA O GENÉTICO: UNA APROXIMACIÓN AL APORTE DE LA TEORÍA SOCIOLÓGICA DE PIERRE BOURDIEU

Juan José Martínez Olguín\*

## Introducción

La trayectoria intelectual de Pierre Bourdieu cuenta con un amplio legado teórico. Asimismo, los aportes de su obra han sido objeto de debates igualmente amplios. Sin embargo, tal como lo menciona el título del presente trabajo, en las siguientes páginas se intentará abordar un aspecto acotado de dicho legado, aspecto que consistirá en indagar el conjunto de conceptos que el autor francés elaboró para comprender la acción colectiva y su dimensión política.

En efecto, dos ejes susceptibles de desarrollo se erigen como fundamentales para alcanzar el objetivo propuesto. El primero consiste en el análisis de la conceptualización que el autor francés realiza sobre la estructuración del espacio social (y, por lo tanto, de la conformación de las clases sociales que lo integran). En este sentido, la distinción teórica que Bourdieu realiza entre los conceptos de clases en el papel y clases reales (o grupos en el papel y grupos reales) es fundamental, pues dichos grupos (en tanto grupos reales) se constituyen en los sujetos que emprenderán la acción colectiva. El segundo eje central de indagación serán las luchas simbólicas, pues la hipótesis principal de la presente ponencia es que éstas, en tanto luchas colectivas, constituyen la dimensión propiamente política de toda acción colectiva.

## 1. La estructuración objetiva del espacio social

---

\* Becario de investigación UBA, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani; e-mail: jjmo\_snm@hotmail.com. El presente trabajo se enmarca en el proyecto de investigación dirigido por el Prof. Emilio De Ípola: “Dimensiones políticas de las teorías de la acción colectiva” (UBACyT - S009)

De acuerdo al autor francés, el mundo social “se puede describir como un espacio pluridimensional de posiciones tal que toda posición actual puede ser definida en función de un sistema pluridimensional de coordenadas (...): los agentes se distribuyen en él, en una primera dimensión, según el volumen global del capital que poseen y, en una segunda, según la composición de su capital; es decir, según el peso relativo de las diferentes especies en el conjunto de sus posesiones” (Bourdieu, 1990, p. 283). Esta doble dimensión es el principio que permite explicar la distribución, y por lo tanto, las posiciones objetivas relativas de los agentes en el espacio social en el que están inmersos<sup>1</sup>.

Esta comprensión del espacio social supone su articulación con dos conceptos centrales: la noción de capitales y de campos sociales. La noción de capitales remite a “propiedades actuantes”, “especies de poder”, o “principios de construcción del espacio social”. Es en los diferentes campos sociales (el campo artístico, el campo científico, el campo económico, etc.), en tanto universos de lucha con reglas propias<sup>2</sup>, donde se disputan la posesión de estas propiedades actuantes, que en rigor de su adquisición se constituyen como principios de construcción del espacio social, es decir, como principios que determinan y configuran las posiciones objetivas de los agentes. De esta forma, el capital económico, el capital cultural, el capital social y el capital simbólico

---

<sup>1</sup> La visión relacional (en tanto relatividad) es central en la teoría sociológica de Bourdieu. Su concepto sobre la posición social objetiva de un agente o un grupo de agentes en el interior del espacio social siempre implica la descripción, el análisis, y sobre todo, la comprensión de esa posición, como una posición social relativa, ya que su definición está dada por su relación con las posiciones del resto de los agentes que integran dicho espacio. No está, por lo tanto, definida en sí misma, sino teniendo en cuenta el espacio social en su conjunto. En palabras del autor francés: “el aporte principal de lo que bien puede llamarse la revolución estructuralista ha consistido en aplicar al mundo social *un modo de pensamiento relacional*, que es el de la matemática y la física modernas y que identifica lo real no con *sustancias sino con relaciones*. La -realidad social- de la que hablaba Durkheim es un conjunto de relaciones invisibles, las mismas que constituyen un espacio de posiciones exteriores las unas de las otras, *definidas las unas por la relación a las otras, por la proximidad, la vecindad, o por la distancia, y también, por la posición relativa, por arriba o por abajo, o también, entre, en medio*. La sociología, en su momento objetivista, es una *topología social*, una *analysis situs*, como se llama esta nueva forma de las matemáticas en tiempos de Leibniz, una *análisis de las posiciones relativas* y de las posiciones objetivas entre otras posiciones” (Bourdieu, 1993, p129/130). Esta concepción relacional de lo social es también, en efecto, extendida a la noción de capitales. En este sentido Bourdieu se refiere al concepto de capital como “*propiedad relacional, que tan sólo existe en y a través de la relación con otras propiedades*” (Bourdieu, 1999: 16). El resaltado es mío.

<sup>2</sup> Según la interpretación de Patrice Bonnewitz, los campos suponen “universos, dominios (...), producidos por la división social del trabajo. Ésta, al contrario de la división técnica que tiene que ver con la mera organización de la producción, abarca toda la vida social, pues es el proceso de diferenciación mediante el cual se distinguen unas de otras las funciones religiosas, económicas, jurídicas, políticas, etc. (...) En efecto, un campo puede definirse como un mercado con productores y consumidores de bienes (capitales). Los productores, individuos provistos de capitales específicos, se enfrentan. En sus luchas se juega la acumulación de la forma de capital que permite asegurar la dominación del campo” (2003, p. 51/52).

constituyen las diferentes especies de poder que distribuidos en relación a su volumen y composición comprenden la doble dimensión mencionada del espacio social. Como universos o dominios de lucha, los diferentes campos atestiguan “la relación de fuerza entre los agentes. En este sentido, el campo es un espacio de fuerzas opuestas” (Bonnewitz, 2003, p. 52). En el campo económico, por ejemplo, es donde se disputa la posesión del capital económico. Esta disputa entre los grupos sociales en el interior de dicho campo toma la forma de una lucha por la adquisición de uno de los diferentes tipos de propiedades actuantes o especies de poder que construyen el posicionamiento de éstos en el espacio social.

A través de este marco categorial, el autor nos conduce a una descripción parcial de la realidad social. Hasta aquí, Bourdieu nos advierte de la distribución de los agentes en el espacio social, como una distribución objetiva, probable; con él nos acercamos a la explicación de un espacio social como “un espacio de diferencias, en el que las clases existen en cierto modo como en *estado virtual*, en punteado, no como algo dado sino *como algo que se trata de construir*” (Bourdieu, 1999, p. 25. El resaltado es mío). Las clases existen, de esta forma, sólo como clases probables, “en el papel”; éstas están “por hacer. No están dadas en la realidad social” (Bourdieu, 1993, p.132). Para dar cuenta de las clases reales, es decir, *de su existencia como grupo movilizado dispuesto a actuar colectivamente*, el sociólogo francés nos remite al plano subjetivo: el de las luchas simbólicas.

## **2. La estructuración subjetiva del espacio social: el campo simbólico y la lucha por la significación.**

De esta forma, el campo simbólico se presenta como un universo particular del campo social: en éste se pone en juego, constantemente, la construcción de significación, de sentido, de signos que habilitan una forma de comprensión, y a la vez, una visión del mundo social<sup>3</sup>. Las luchas que se desarrollan en éste ámbito de lo social conforman el plano subjetivo del conflicto social entre los diferentes grupos: lo que está en juego aquí

---

<sup>3</sup> “...las significaciones compartidas y el caudal simbólico que se manifiestan en los mensajes y en la acción”, son, según Margulis, el medio a través de los cuales “los miembros de un grupo social piensan y se representan a sí mismos, a su contexto social y el mundo que los rodea” (Margulis, 1994, p. 13). El subrayado es mío.

es la transformación de la subjetividad de los agentes, y con ello, la transformación del propio mundo social a través de la conformación de dichos agentes como actor colectivo y movilizad@ políticamente.

## 2.1 El concepto de habitus como condición de posibilidad para la producción simbólica

Para comprender por qué el espacio social es producto de una estructuración subjetiva (y, por lo tanto, no sólo objetiva), es decir, resultado de la producción y de las luchas simbólicas, es de gran la importancia incorporar al análisis sociológico la noción de habitus; éste es definido en la teoría social de Bourdieu como un “sistema de esquemas de producción de prácticas y un sistema de esquema de percepción y apreciación de las prácticas” (Bourdieu, 1993, p. 134. El resaltado es mío); son, en otras palabras, “esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división” (Bourdieu, 1999, p. 20). Como esquemas de producción de prácticas están disponibles para ser clasificados, diferenciados, distinguidos; en tanto esquemas de percepción y apreciación, en cambio, funcionan como principios clasificatorios. De esta forma, el habitus en esta segunda acepción: entendido como principios de clasificación, de producción de representaciones, se erige como el universo productor y contenedor de la visión del mundo social de los agentes que lo integran, es decir, como el concepto más contundente elaborado por Bourdieu para abordar la cuestión de la subjetividad<sup>4</sup> (tanto para su descripción, como para la comprensión de la disputa por su transformación), y por lo tanto, como elemento indispensable para entender la producción simbólica en el interior de una sociedad, lo que implica también, entender el juego de luchas que se libran en el interior de esa producción.

Este “trabajo de representación” en tanto percepción del mundo social, es decir, como visión que define y explica la propia posición del grupo social que la detenta y que se encuentra en una región próxima del espacio social, y, a su vez, que define y explica la posición de los grupos sociales alejados de dicha región, opuestos, es resultado de una doble estructuración social: objetiva y subjetiva. La primera refiere a la estructuración producto del posicionamiento de los agentes de acuerdo a la posesión de los diferentes capitales en su doble dimensión mencionada anteriormente: cuantitativa (volumen) y

---

<sup>4</sup> En palabras del autor francés, el “habitus es una *subjetividad socializada*” (Bourdieu, 1995, p.87). El resaltado es mío.

cualitativa (composición). La segunda refiere a la estructuración que es consecuencia de las luchas simbólicas anteriores, es decir, a los cambios que sufrieron las categorías de percepción de las diferentes clases sociales a lo largo de las luchas simbólicas resultado de generaciones pasadas<sup>5</sup>.

## 2.2 La producción simbólica y su proyección política: la dinámica de las luchas simbólicas por la imposición de las clasificaciones sociales

Por medio de dichas categorías de percepción que conforman la percepción del mundo social que los agentes tienen de éste, el espacio social (estructurado objetivamente por medio de la distribución de las propiedades actuantes que Bourdieu denomina capitales) se “devela” ante dichos agentes como un sistema simbólico, como un universo de significación; la realidad social se presenta como un universo de signos<sup>6</sup>. En este sentido, el capital cultural, el capital económico, etc., son percibidos como signos de distinción, positivos o negativos, clasificados socialmente. La estructuración del espacio social como sistema simbólico, por medio de las categorías de percepción incorporadas en los hábitos de los agentes, implica la reelaboración de los diferentes tipos de poder distribuidos desigualmente a lo largo y ancho del campo social, como signos susceptibles de ser interpretados y resignificados colectivamente. La diferencia que implica ésta distribución de los capitales en el espacio social según su volumen y especie, es percibida simbólicamente; la objetividad de la distancia que separa a los grupos sociales, que los diferencia, es reinterpretada como “estilos de vida” y “grupos de status” diferentes y diferenciadores<sup>7</sup>. De esta forma, toda práctica social, y más aún, todo objeto social, es susceptible de ser apropiada e interpretado simbólicamente<sup>8</sup>, y por

---

<sup>5</sup> En términos de Bourdieu, esta segunda presión estructural (subjetiva) que se ejerce sobre las visiones del mundo social, se debe a que “los esquemas de percepción y de apreciación susceptibles de funcionar en un momento dado, (...) son el producto de luchas simbólicas anteriores y expresan, de manera más o menos transformada, el estado de las relaciones de fuerza simbólicas” (1990, p. 288).

<sup>6</sup> “Los signos implican una construcción del mundo, una clasificación: agrupan y catalogan la inmensa diversidad que nos presenta el mundo. Objetos, sensibilidad, imaginarios, afectos y percepciones, cobran cuerpo en la cultura por medio de los signos. Lo que llamamos “realidad” depende en gran medida de los signos –y sus significaciones cambiantes– con que la apresamos y la comunicamos. En este sentido la “realidad” depende de nuestros códigos...” (Margulis, 1994, p. 13).

<sup>7</sup> Por ejemplo, que los agentes sean “capaces de ver que jugar al golf ‘huele’ a gran burgués tradicional” (Bourdieu, 1993, p. 136) es posible porque el espacio social es percibido como sistema simbólico.

<sup>8</sup> Las interpretaciones simbólicas de los objetos sociales, es decir, de las prácticas, de los diferentes capitales incorporados por los agentes en los diferentes campos, etc., no están dadas de una vez y para siempre, cuentan, por el contrario, con un grado de elasticidad semántica, ya que “están sometidas a variaciones en el tiempo de suerte que su sentido, (...), está relativamente indeterminado”; según Bourdieu, dicha elasticidad es un “elemento objetivo de incertidumbre (Bourdieu, 1993, p. 136). La

lo tanto, de ser percibida como integrante de un conjunto de prácticas que forman un estilo de vida, que no sólo identifican a los agentes que las producen, sino que como conjunto de prácticas que los diferencia de aquellos agentes portadores de hábitos específicos, producen prácticas diferentes que también son susceptibles de ser clasificadas, y que son, a su vez, clasificadoras.

Ahora bien, estas categorías con que cada agente percibe el mundo social que lo rodea son producto de la incorporación de las estructuras objetivas a sus estructuras subjetivas. Ésta circunstancia conforma el aspecto objetivo de la doble estructuración social, mencionada en el apartado anterior, que es ejercida sobre la percepción de la realidad social. Ello implica que el hábito, concepto sociológico que detenta el máximo esfuerzo teórico de Bourdieu por explicar, describir y comprender la estructura subjetiva de los agentes, como contenedor y productor de ese conjunto de categorías que en suma constituyen la visión a través de la cual el mundo social es percibido, es producto de la posición social en que dichos agentes se encuentran ubicados. De esta forma, las condiciones objetivas tienden a reproducirse en las condiciones subjetivas, en el universo simbólico de significación con que dicha realidad social es interpretada<sup>9</sup>. Ello plantea, dos cuestiones: en primer lugar la autonomía relativa del campo simbólico, y por lo tanto, el condicionamiento de su funcionamiento por la dimensión objetiva que estructura el espacio social (es decir, la distribución de los capitales según su volumen y especie), y por otro, y a su vez estrechamente relacionado con la primera cuestión, la supuesta circularidad de la teoría bourdieusiana, o en otras palabras, el papel de la reproducción social como aspecto dominante en la lógica de funcionamiento de la sociedad; al interpretar el mundo que los rodea con las estructuras cognitivas que surgen de las condiciones objetivas en que se encuentran, los agentes se inclinan a tomar el mundo social como evidente, a naturalizarlo y, por lo tanto, a reproducirlo en su status quo. Sin embargo, la noción de elasticidad semántica, permite romper con esta circularidad incluyendo la variable de indeterminación o incertidumbre entre objeto social (léase prácticas, por ejemplo) y categorías de percepción que lo interpretan, o en

---

importancia de dicho “elemento objetivo de incertidumbre” en las luchas simbólicas se analizará más adelante.

<sup>9</sup> En palabras del propio autor francés: “Si las relaciones de fuerza objetivas tienden a reproducirse en las visiones del mundo social que contribuyen a la permanencia de esas relaciones, podemos concluir que los principios estructurales de la visión del mundo radican en las estructuras objetivas del mundo social y que las relaciones de fuerza están también presentes en las conciencias con la forma de las categorías de percepción de esas relaciones” (Bourdieu, 1990, p. 290).

sentido más amplio, entre condiciones objetivas y proyección de éstas en las estructuras subjetivos (representaciones, visiones, significados, etc.) de los individuos. Dicha indeterminación es inherente a la propia lógica del mundo social y además está reforzada por la dimensión tiempo, que actúa como agravante, como “as de espadas” de dicha incertidumbre: todo objeto social susceptible de ser interpretado está sometido a una dimensión temporal, sobre todo al elemento o a la variable futuro, es decir, a la permanencia a lo largo del tiempo entre la relación entre determinado objeto social (es decir, determinada práctica o signo distintivo) y determinada forma de percepción del mismo. En consecuencia, la elasticidad semántica se erige como el principio fundamental que posibilita la luchas simbólicas entre las clases: ese espacio vacío, indeterminado, incierto, abre una grieta en la reproducción social que es la condición de posibilidad para que el conflicto por la definición del mundo social se lleve a cabo.

En efecto, las luchas simbólicas, como todo conflicto y confrontación, tienen como característica inherente la separación entre quienes resultan más favorecidos y quienes resultan menos favorecidos como resultado de dicha disputa, es decir, la disposición de quienes se imponen y quienes no se imponen a la luz de dicho conflicto, lo que significa, en términos simbólicos, la imposición o predominio de la visión de un grupo o grupos sociales sobre la visión del resto de los grupos sociales que participan de aquél<sup>10</sup>. En otras palabras, la disputa define, por lo tanto, la percepción del mundo social que se erigirá como legítima, es decir, como dominante: aceptada y aprobada tácitamente, y por lo tanto, naturalizada (es decir, adoptada como evidente) y, a su vez, naturalizante<sup>11</sup>;

---

<sup>10</sup> La imposición de un conjunto de categorías de percepción, es decir, de determinada producción simbólica que constituye una visión del mundo social, Bourdieu la denomina violencia simbólica; su característica específica es su forma de violencia: ésta “se ejerce sobre un agente social con su complicidad” producto de “aceptar ese conjunto de presupuestos fundamentales, previos a la reflexión, que los agentes sociales introducen por la simple razón de tomar el mundo como autoevidente” (Bourdieu en Bonnewitz, 2003, p. 82)

<sup>11</sup> El concepto de legitimidad en la teoría social goza de un papel central. Uno de los teóricos que más ahondó en su definición fue el sociólogo alemán Max Weber, al referirse a los principios de legitimidad que fundamentan los diferentes tipos de dominación. De esta forma, Weber sostuvo que la noción de legitimidad consistía en la validez o auto justificación interna otorgada a los tipos puros ideales de dominación. En sus propias palabras se preguntaba: “¿En qué últimos principios puede apoyarse la validez, la legitimidad de una forma de dominio...? (...) La subsistencia de toda “dominación”, (...) se manifiesta de modo más preciso mediante la *auto justificación* que apela a principios de legitimidad” (Weber, 1983, p.705 y 706); en otro apartado, Weber lo explica de la siguiente forma: “*motivos de justificación interior, o sea, motivos de legitimidad* de una dominación (...) hay tres en principio...” (Weber, 1983, p.1057. El resaltado es mío). Sin embargo, Bourdieu, a diferencia del sociólogo alemán, propone entender el concepto de legitimidad bajo la doble “forma” de dominancia y naturalización. Sostiene: “es legítima una institución, una acción o una costumbre que es dominante y no se conoce como tal, es decir, que se reconoce tácitamente” (Bourdieu, 1990, p.133). De esta forma para el autor francés, legitimidad y dominación tienen una relación mucho más estrecha que en Weber: se podría decir que la



legitimidad que define qué principios de división se constituirán como principios dominantes de división del espacio social<sup>12</sup>; ello es: qué prácticas, qué estilos de vida, qué signos (que se constituirán como distintivos según dichos principios), etc.

De esta forma, aquello que está en juego en las luchas simbólicas que se libran en el interior del campo simbólico, campo específico de producción simbólica, es, por lo tanto, el universo significativo que otorga legitimidad al mundo social, y en consecuencia, la visión legítima que lo sustenta. Ello implica definir el significado con que son interpretados los diferentes capitales y prácticas devenidos en signos que en su conjunto forman grupos de status o estilos de vida que van a estar sometidos al criterio de legitimidad. En otras palabras, estas luchas definen cómo percibir el mundo social y todos los objetos sociales que lo integran y, en consecuencia, cómo va a estar dividido aquél, es decir, que conjunto de prácticas identifican a los diferentes individuos con determinados grupos sociales y cuáles los diferencian de aquellos, y conjuntamente con ello, cuáles serán legítimas y cuáles no. En este universo de lucha, el de la producción de sentido, de significaciones, en una palabra, de producción simbólica, es donde se pone en juego la acumulación y la propia pérdida del capital simbólico de cada grupo social, y cada individuo en el interior de éste tiene un poder proporcional a la posesión de dicho capital, siendo éste último el medio combativo fundamental para desenvolverse en el interior de dicho universo. De esta forma se cierra el círculo que inscribe la lógica de funcionamiento de las luchas simbólicas que explica la relación entre proporción de poder de los agentes en el interior del campo y posibilidad de aumento o disminución de dicha proporción vía acumulación o pérdida de capital simbólico.

---

primera, implica lógicamente a la segunda; la acción de interpretar y clasificar el mundo social, que se cristaliza en una visión social, si es legítima es necesariamente dominante. Por otro lado, el “desconocimiento” de tal status de dominante o su “reconocimiento tácito”, permite su naturalización, es decir, la percepción como evidente de aquello a lo que se le otorga legitimidad, pues “el reconocimiento de la legitimidad más absoluta no es sino *la aprehensión como natural del mundo ordinario* (Bourdieu, 1990, p. 295. El resaltado es mío), es decir, de todas las prácticas insertas en éste. Esta concepción de legitimidad también puede ser entendida bajo un tercer elemento: como eliminación, gracias al propio proceso de legitimación, de la arbitrariedad de la existencia de aquello que se legitima (los gustos, las prácticas, etc.). Según la interpretación que Bonnewitz hace del concepto de Bourdieu, la cultura legítima goza de tal status “por un prolongado trabajo de legitimación, (que) hizo caer en el olvido todo el aspecto de arbitrariedad que hay en su fundamento” (Bonnewitz, 2003, p. 80). De esta forma, supresión de arbitrariedad y naturalización pueden ser interpretadas como “dos caras de una misma moneda”: de lo legítimo.

<sup>12</sup> Si bien los rasgos étnicos como el color de la piel, se pueden constituir en un principio de división y de unión del espacio social, Bourdieu sostiene que “las uniones fundadas en la estructura del espacio construido sobre la base de la distribución del capital tienen mayores probabilidades de estabilidad y durabilidad” (Bourdieu, 1990:286).

De esta forma, arribamos a un punto central de la argumentación teórica de Bourdieu. El conflicto en el interior del campo simbólico es el terreno en donde las clases sociales, distribuidas objetivamente en el espacio social como clases probables, se erigen como clases reales, es decir, como grupos sociales movilizados efectivamente como tal, identificados con un universo significativo en común que los arroja de la “virtualidad” que implica el acercamiento objetivo por la posesión de los diferentes capitales, a la movilización como clase que comparte un habitus y un conjunto de significaciones producidas socialmente. En consecuencia, en las luchas simbólicas no sólo se disputa la forma en que será percibido el mundo social (ello es, con qué criterios de legitimidad) y el conjunto de prácticas que lo atraviesan, sino que es también un aspecto estructurante del mismo, una dimensión constituyente en tanto constructiva del espacio social, ya que conjuntamente con la percepción legítima del mundo social, y en rigor de verdad, debido a que ella es la que está en juego, se disputa también la existencia de las clases sociales como realidad efectiva gracias a la disputa por la definición de nuevos principios legítimos de división de dicho espacio, circunstancia que permite, en consecuencia, *la constitución de “nuevos” grupos sociales reales movilizados en y por una acción común y colectiva, con objetivos y metas específicas (a partir de la imposición de una nueva visión social legítima fundamentada en principios diferentes a la anterior)*. De esta forma, se habilita la posibilidad de romper con la dominación simbólica, al romper con los principios legítimos de división social que surgen de las propias estructuras objetivas, que producen la naturalización del orden vigente por los propios agentes víctimas (y a su vez, cómplices) de dicha dominación.

En esta empresa de movilización colectiva que involucra la lucha simbólica por la definición del mundo social y que implica, por medio de ella, el hacer existir las clases como grupos reales, cobra una importancia capital el concepto de poder simbólico, es decir, “el poder de hacer cosas con palabras” (Bourdieu, 1993, p.141). En efecto, el poder simbólico es el poder de hacer existir las clases, es decir, es el poder de objetivación y de constitución de un grupo o clase social. El autor francés sostiene que el poder simbólico es el poder

...cuya forma *por excelencia* es el poder de hacer grupos y de consagrarlos o instituirlos (en concreto a través de ritos de institución {...}) (Bourdieu, 2000a: 124. El resaltado es del autor)

Este poder está fundado, por un lado, sobre la posesión de capital simbólico de quienes están inmersos en la lucha, y por otro, en las condiciones objetivas de los propios agentes que intenta consagrar. En rigor de verdad, es el poder simbólico el que posibilita el pasaje de las clases en el papel a las clases reales. Ello es debido a su poder de consagración o de revelación; éste es la fuerza específica que posibilita la imposición de principios de división del espacio social en las luchas por las clasificaciones, haciendo visibles las diferencias que se encuentran en la objetividad de dicho espacio y otorgándoles, de esta forma, una significación que permita al grupo su identificación con un universo simbólico común.

Según Bourdieu, las luchas simbólicas por la definición del mundo social pueden tomar dos formas: objetiva (individual o colectiva) y subjetiva (también individual o colectiva). La primera forma está destinada a “hacer ver y hacer valer ciertas realidades” a través de “acciones de representaciones, individuales o colectivas” (Bourdieu, 1993, p. 137). Colectivamente, implica hacer visible la existencia de un grupo por medio de la visualización de su número, de su unidad como grupo, etc.; individualmente, implica la acción (individual) de los propios agentes para presentarse a ellos mismos ante otros agentes, es decir, la construcción y manipulación de su propia imagen y de su posición en el espacio social. La segunda forma que pueden tomar las luchas simbólicas, es, sin dudas, la de mayor importancia en la teoría social del autor ya que implica la posibilidad de cambiar las categorías con que los actores perciben, y por lo tanto, interpretan el mundo social; ello es a ellos mismos y al resto de los grupos sociales que integran la realidad social. Este segundo aspecto de las luchas simbólicas, por lo tanto, comprende la posibilidad de transformar la visión del mundo social que los agentes tienen incorporado en su habitus, es decir, los principios de visión legítimos con que el espacio social es dividido y clasificado: la transformación de las categorías con que los individuos nombran, agrupan, describen, clasifican, diferencian, identifican a quienes son parte del mundo social en el que viven. Aquí los signos de distinción positivos, pueden ser reinterpretados como negativos o ilegítimos, los estilos de vida y grupos de status susceptibles de ser reelaborados de forma sustancialmente diferente.

*Con todo ello Bourdieu nos permite pensar la dimensión simbólica de lo social, y más específicamente, las luchas simbólicas, en su proyección propiamente política*<sup>13</sup>. A partir de la posibilidad de cambiar la visión legítima o los principios legítimos de división del espacio social, dichas luchas se configuran como un aspecto estructurante de éste, es decir, como el terreno de disputa propicio para lograr su transformación a partir de la ruptura con la legitimidad del mismo, y a su vez, como posibilidad de “constituir” un grupo o clase social a partir de la transformación del universo simbólico que interpreta tanto como divide y diferencia, legítimamente, a los agentes en la sociedad.

### 2.3 Producción lingüística y producción simbólica: el rol del lenguaje en la lucha por la imposición de un universo simbólico legítimo.

Si retomamos lo dicho anteriormente, que el poder simbólico es el “poder de hacer cosas con palabras” y, a su vez, que éste es la fuerza específica que actúa en la dimensión simbólica para imponer la visión legítima del mundo social que lo interpreta tanto como lo constituye, concluimos que existe una relación estrecha entre producción lingüística y producción simbólica, o en otras palabras, entre lenguaje y luchas simbólicas. ¿Cómo se estructura esta relación? Por un lado, el intercambio lingüístico y toda producción discursiva en el interior del mismo, estará fuertemente estructurada, influenciada y determinada por las “huellas” que las luchas simbólicas le imprimen. Por otro lado, el lenguaje se constituye como el arma fundamental del poder simbólico<sup>14</sup>, y por lo tanto, como medio específico y determinante en la definición de lo legítimo<sup>15</sup>, de

---

<sup>13</sup> Pienso lo político, y ello, en consecuencia, se aplica también a la proyección política de la dimensión simbólica, en el sentido que lo piensa Bourdieu, como lucha por la transformación o conservación del mundo social, es decir, como forma de intervención sobre el status quo de una sociedad: “La correspondencia entre divisiones objetivas y esquemas clasificatorios (...) constituye el fundamento de una especie de adhesión al orden establecido. Hablando propiamente, la política comienza con las denuncia de este contrato tácito de adhesión al orden establecido” (Bourdieu, 2001, p. 96); y lo complemento con la noción de política de Rancière, como aquella situación de litigio donde está en juego la posibilidad de hacer visibles a aquellos que fueron apartados de visibilidad por la división de un orden que los dejó ausentes, en palabras del autor, como actividad “que rompe la configuración sensible donde se definen las partes y sus partes o su ausencia por un supuesto que por definición no tiene lugar en ella: la de una parte que no tienen parte. (...) La actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto.” (Rancière, 1996, p. 45).

<sup>14</sup> Recordemos, una vez, el poder simbólico es el poder de hacer cosas *con palabras*.

<sup>15</sup> “Conviene entonces destacar el papel fundamental del lenguaje: la definición de lo legítimo pasa por – disputas de palabras-. Nombrar las cosas de tal manera y no de tal otra es darle otra existencia e incluso

modo tal que la legitimidad de una visión social va a estar íntimamente relacionada a las palabras que ella misma utiliza para ser definida.

El primer aspecto de la relación mencionada refiere a la performatividad de los enunciados, de las palabras, es decir, del lenguaje. Según Bourdieu, el análisis de dichos enunciados performativos “se aclara en el momento en que éstos se contemplan como un caso particular de los efectos de dominación simbólica que tiene lugar en todo intercambio lingüístico. La relación de fuerzas lingüística no se define nunca exclusivamente por la relación entre las competencias lingüísticas en presencia” y agrega: “el peso de los diferentes agentes depende de su capital simbólico, es decir, del reconocimiento, institucionalizado o no, que obtiene de un grupo: la imposición simbólica (...) sólo puede funcionar en tanto en cuanto se reúnan condiciones sociales absolutamente exteriores a la lógica propiamente lingüística del discurso” (Bourdieu, 2001, p. 46). La performatividad del lenguaje no es otra cosa que el poder simbólico de hacer cosas con palabras, de construir realidad con el lenguaje. Un análisis profundo y real del intercambio lingüístico, dice el autor francés, implica el análisis de sus condiciones sociales de producción, ello implica la consideración del caudal de reconocimiento que poseen quienes participan de dicho intercambio, es decir, de su posesión de capital simbólico, de la legitimidad con que son percibidos el resto de los capitales (el económico, el cultural, etc.), por el resto de los agentes<sup>16</sup>. Por lo tanto, el poder performativo / simbólico de éstos en su producción lingüística depende del capital simbólico que poseen, ya que éste es el arma específica de la lucha en las luchas simbólicas por la definición del mundo social (en ellas se pone en juego su acumulación a través de la transformación de las categorías de percepción legítimas de la realidad social). Por ello todo intercambio lingüístico no es “inocente” sino que es resultado, en este sentido, del estado de las fuerzas simbólicas, de las luchas simbólicas anteriores, en una palabra, es producto de la dimensión simbólica de la lucha de clases que determina el valor de cada palabra enunciada y el rol de quienes son dominantes (y por lo tanto, en

---

abolirla. Todas las categorías de agentes dominados, se trate de grupo sexual, grupo etario, grupo étnico, grupo religioso, grupo socioprofesional, etc., son siempre objeto de un discurso de denigración más o menos grosero o sutil” (Bonnewitz, 2003, p. 83).

<sup>16</sup> Por ejemplo, que un título universitario (capital cultural) sea percibido como capital simbólico, es decir, que se le otorgue legitimidad, que sea visto como signo de autoridad, de distinción frente a otros agente y que, a su vez, esa naturalizado, percibido por categorías de percepción pertinentes como evidente y parte inherente del individuo y no de un agente socialmente determinado y constituido en una posición históricamente determinada, le otorga, al hablante, mayor reconocimiento en el proceso de intercambio lingüístico.

carácter de dicha posición detentan mayor reconocimiento, mayor autoridad en dicho intercambio) y quienes son dominados en el campo de la significación.<sup>17</sup>

Éste última cuestión, acerca de la “no inocencia” del intercambio lingüístico, de la determinación del status de agentes dominantes y dominados en su desarrollo, tiene una importancia capital, sobre todo, para comprender dicho intercambio como un intercambio económico, es decir, considerar los discursos como productos que deben responder a las exigencias de un mercado (en este caso, el propio intercambio lingüístico), como “*formaciones de compromiso*, resultado de una transacción entre el interés expresivo (lo que hay que decir) y la *censura* inherente a las particulares relaciones de producción lingüística impuesta a un locutor dotado de cierta competencia social” (Bourdieu, 2001, p. 52)<sup>18</sup>. Esto significa que los discursos deben ser “socialmente aceptables” o, en otras palabras, deben respetar las condiciones sociales de aceptabilidad; aquello que puedo decir y que debo callar, la forma en que debo decirlo y el momento en que debo callarlo, depende de las condiciones extralingüísticas: de quiénes intervienen en el intercambio lingüístico, de sus grado de reconocimiento, etc., lo que implica considerar dichas condiciones como resultado del conflicto en el interior del campo simbólico por la apropiación de capital simbólico que otorga mayor o menor legitimidad al emisor y al receptor, y viceversa.

El segundo aspecto de la relación entre lenguaje y luchas simbólicas, es decir, del rol del primero como medio específico para la definición de lo legítimo y de lo ilegítimo en el interior de dichas luchas, también está fuertemente vinculado a la performatividad del lenguaje; más precisamente a su potencial, no sólo como productor de discurso legítimo, sino también, y fundamentalmente, como productor de discurso herético, es decir, como productor de un discurso capaz de “romper la adhesión al mundo de sentido común (léase adhesión a la visión legítima del mundo social) profesando públicamente la ruptura con el orden ordinario” y de producir “un nuevo sentido común e integrar en

---

<sup>17</sup> Sin caer por ello, como señala el propio Bourdieu, en un idealismo; pues el valor preformativo de las palabras, por ejemplo, para hacer los grupos, para imponer principios de división del espacio social, depende también, de las condiciones objetivas que estructuran el espacio social, es decir, el poder simbólico depende, además del capital simbólico, del sentido de realidad de las palabras, de su fundamento en lo objetivo. Como se describió anteriormente, el campo simbólico tiene una autonomía relativa. Ver, en este sentido, el apartado “La producción simbólica y su proyección política: la dinámica de la lucha de clases como lucha por las clasificaciones sociales” y en particular el párrafo sobre poder simbólico.

<sup>18</sup> El resaltado es del autor.

él, (...) las prácticas y experiencias hasta ese momento tácitas o rechazadas por todo un grupo” (Bourdieu, 2001, p. 97/98). Aquí nos encontramos en el nivel de aquello que el autor francés denomina como la acción de “nombrar lo innombrable” que implica, ni más ni menos, que dar existencia con palabras a aquello que queda fuera (y en este sentido, censurado) del ámbito de definición de lo legítimo<sup>19</sup>, logrando transformar a través de palabras, el sentido de la legitimidad que constituye a una visión como tal, y así otorgarle, a través de un grupo que sea capaz de producirlas, un nuevo status, una nueva significación cuya consecuencia más importantes es la desnaturalización del mundo social y la posibilidad de hacer emerger aquello que aparece como censurado, reprimido, deslegitimado. Cambiando las palabras que definen lo social, es posible cambiar las representaciones y visiones que del mundo social se hacen los agentes<sup>20</sup>, rompiendo, de esta forma, con su adhesión al “orden ordinario”.

---

<sup>19</sup> En palabras de Bourdieu, “nombrar lo innombrable” consiste en “un trabajo de enunciación necesario para exteriorizar la interioridad, (...) para dar a disposiciones pre-verbales y pre-reflexivas y a experiencias inefables o inobservables, un principio de objetivación en palabras” (Bourdieu, 2001, p. 98).

<sup>20</sup> “...el poder estructurante de las palabras, su capacidad de prescribir bajo la apariencia de describir o de enunciar bajo la apariencia de enunciar” es indiscutible “cuando se sabe en qué medida (las palabras) pueden modificar la realidad social modificando la representación que se hacen de esa realidad sus agentes” (Bourdieu, 2001, p. 97).

## **Comentarios finales**

La amplitud y densidad teórica de la obra de Bourdieu hace que su abordaje no sea una empresa sencilla. El objetivo del presente trabajo, como el propio título lo indica, sólo es un intento, tentativo e indagatorio, por aproximarse al problema de la comprensión de la acción colectiva y su dimensión política mediante los diferentes conceptos que el autor produjo a lo largo de su trayectoria intelectual.

Es por ello que creemos que las luchas simbólicas, en tanto disputas por la producción social de sentido, configuran un eje central del análisis. En efecto, tal como lo intentamos demostrar a lo largo del desarrollo argumentativo, la dimensión simbólica de lo social, y más específicamente, dichas luchas, constituyen la proyección propiamente política de la acción colectiva, ya que en éstas está en juego la propia transformación del mundo social. Más aún, ellas son el campo que posibilita la movilización de los propios grupos o clases sociales, es decir, la posibilidad de su accionar colectivo. En este sentido, el concepto de poder simbólico permite comprender la desigual capacidad de imponerse efectivamente, por parte de los diferentes agentes, en aquellas luchas, y por lo tanto, la desigual eficacia política de la acción colectiva de dichos grupos sociales.

Asimismo, quedará pendiente para un trabajo futuro, el trabajo específicamente político que implica la producción simbólica puesta en juego en las luchas simbólicas (ello es, todo el trabajo de movilización y representación política, en donde la noción de fetichismo político (o ministerio del ministerio) elaborada por el autor francés, configura un aspecto fundamental).



## Bibliografía

Bonnewitz, P. (2003): *La sociología de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Nueva Visión

Bourdieu, P. (1993): *Cosas Dichas*. Barcelona: Gedisa.

Bourdieu, P. (2000a): *¿Cómo se hace una clase social?*, en Revista *Poder, derecho y clases sociales*: Ed. Desclée, Bilbao, p. 101-130

Bourdieu, P. (2001): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal Universitaria.

Bourdieu, P. (1999): *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (1990): *Sociología y Cultura. Espacio social y génesis de las clases*. México DF: Grijalbo.

Bourdieu, P. (2000): *Sobre el poder simbólico*, en *Intelectuales, Política y Poder*, UBA/Eudeba, Buenos Aires, p. 65-73

Margulis, M. (1994): *La cultura de la noche*. En Margulis M. y Otros, *La cultura de la noche* (pp.11-30). Buenos Aires: Espasa Calpe.

Rànciere, J. (1996): *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Weber, M. (1983): *Economía y Sociedad*. México DF: Fondo de Cultura Económica.